

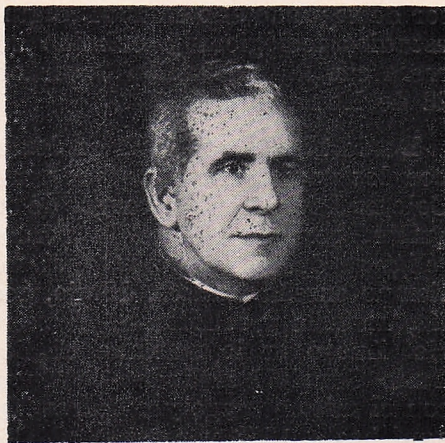
COLEGIO SALESIANO
TULIO GARCIA FERNANDEZ
Av. Mitre 312 - Tel. 36026 - 36648
TUCUMAN - (Rep. Argentina)

Tucumán, 8 de Diciembre de 1976.

"Me debo a todos" (S. Pablo).

A la Familia Salesiana:

Existió un hombre bueno, que fue religioso y sacerdote salesiano, "que llevó su cruz cada día... La cruz callada, silenciosa, invisible, cubierta de rosas encarnadas y revestidas de luces blancas; la cruz como Don Bosco la quiso, siempre velada de alegría, oculta y callada, la cruz que se lleva con santo disimulo. Don Bosco no quiso disciplinas, ni torturas, ni rostros tristes sin luz en las pupilas, pero sí las pequeñeces soportadas, el calor, el



hambre, el frío, la cruz del sacrificio cotidiano, sin aplausos, con la sonrisa en los labios y con un brillo de luz en la mirada". Así la quería Don Bosco, la cruz de los sencillos, los humildes, la cruz que con entrega total abrazó en esta tierra el

R. P. MARCOS BELISARIO TERAN

llevándosela a la verdadera Vida el 28 de Octubre de 1976.

Había nacido en su hermosa Tucumán, Jardín de la República, el 25 de Abril de 1915. Ingresó al Seminario de Vignaud, Córdoba, el 16 de Febrero de 1939 cuando contaba 23 años de edad. Su vocación había sido fruto de su entrega al apostolado. Así se desume de estas palabras de despedida que le dedicaron sus compañeros: "A Marcos Belisario Terán, Vicentino celoso, y activo socio de la Acción Católica, a quien Dios regala con el llamado de la vocación sacerdotal, como expresión sincera de felicitación, como voto ferviente de perseverancia y

con afecto de hermanos, anhelando el día dichoso de su sacerdocio, los Vicentinos y Jóvenes de la A. C. de la Parroquia San Juan Bosco".

Hizo su noviciado en Los Cóndores, Córdoba, en 1940, la primera profesión religiosa el 31 de Enero de 1941 y la profesión perpetua el 31 de Enero de 1944. Cumplió el trienio práctico de vida salesiana en el Colegio Sagrado Corazón de Los Cóndores, como maestro de cuarto grado en 1943, y en el Colegio Pío X de la ciudad de Córdoba, como maestro de sexto grado y profe-

sor de segundo año en 1944. Siguió los estudios teológicos y culminó su carrera con la Ordenación Sacerdotal el 23 de Noviembre de 1947.

Desde 1948 hasta 1951 es destinado por los superiores como personal del Colegio Pío X en el cargo de Catequista, responsable de la formación religiosa de los alumnos, y al mismo tiempo enseña francés, dibujo, geografía, historia y religión en el secundario. Luego se lo traslada al Colegio Tulio García Fernández de Tucumán con el mismo cargo y cátedras. Queda aquí hasta 1956 y retorna al Colegio Pío X como Vicedirector hasta 1958. En 1959 y 1960 se desempeña como Catequista del Colegio Angel Zerda de Salta para ser luego trasladado al Colegio Don Bosco de la ciudad de Mendoza, donde se desempeña como Catequista, Vicedirector y Director en 1971. Finalmente en 1972 llega nuevamente al Colegio Tulio García Fernández para trabajar como Vicario Parroquial en la Parroquia San Juan Bosco, donde había florecido su vocación salesiana, bajo la experta conducción del R. P. Blas Prieto, cura párroco de aquellos lejanos días, la misma Parroquia que lo vería partir hacia la verdadera Vida, cargado de méritos imperecederos.

Al conocerse su fallecimiento la prensa tucumana, y luego también la mendocina, publicaron elogiosos conceptos sobre su persona: "Por la edificación de su vida —decían los diarios— y la autenticidad con que practicó su sagrado ministerio, el R. P. Marcos Belisario Terán gozó del aprecio y la admiración sincera de muchos católicos de Tucumán y Mendoza, de Salta y Córdoba. A este basto grupo

se añadían todos los que pudieron tratarlo como amigo, y a quienes constaba que sus virtudes sacerdotales eran trasunto de un espíritu donde la bondad y la caridad dirigían las acciones. Había nacido en esta ciudad de Tucumán, en el seno de una familia tradicional, estrechamente vinculada a nuestra historia social y cívica. Fueron sus padres don Alberto Terán Mariño y doña María Angela Terán Piedrabuena. Descendía de tres gobernadores de Tucumán, José Manuel Silva, Bernabé Piedrabuena y Juan Manuel Terán y era sobrino nieto del ilustre obispo de Catamarca y de esta diócesis, monseñor Bernabé Piedrabuena, cuya vida llena elocuentes páginas del catolicismo de Tucumán. Cursó sus estudios en el Colegio del Sagrado Corazón e inició su carrera universitaria en la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad Nacional de Tucumán. Era activo militante de la Acción Católica y llegó a ser vicepresidente del Centro Universitario de la misma con sede en Santo Domingo. De pronto sintió el llamado de la vocación sacerdotal. Pidió ser admitido en la Congregación Salesiana, y en 1940 recibió el hábito de manos de monseñor Piedrabuena. Siguió sus estudios teológicos en el Instituto Salesiano Clemente José Villada y Cabrera, y fue ordenado sacerdote por monseñor Fermín Laffite, cantando su primera misa en Tucumán el 8 de Diciembre de 1947. Desde entonces ejerció con pasión su ministerio. Fue director de la casa salesiana de Mendoza, donde trabajó largos años y dejó en esa provincia grato recuerdo por su desempeño, pero quería entrañablemente la ciudad natal, donde llenó en forma acabada su misión. Auténtico

lo viera nacer. Aquí cerró sus ojos el 28 de Octubre a las 6 de la tarde.

Si su vida fue un constante hacerse todo para todos, durante su enfermedad demostró que su lema había sido una realidad. Conservó hasta el último momento clara lucidez mental y cerró sus ojos la Unción de los Enfermos. En todo momento conservó la unión con Dios y la oración fervorosa adornaba sus labios. Sólo una queja al final: la de no poder sostener el santo Rosario en sus manos por la gran debilidad que lo consumía.

Sus restos fueron velados en la Iglesia Parroquial. Un constante desfile de familiares, amigos, feligreses y alumnos demostró cuan hondo había calado en sus almas. La misa concelebrada por dieciocho sacerdotes demostró la adhesión del clero en esos momentos amargos. El templo resultó pequeño para contener a tantos que se unieron para rogar por su eterno descanso y más que un día de luto pareció una Pascua de Resurrección, pues un sacerdote había ido a recibir el premio de sus trabajos apostólicos. En el Cementerio del Oeste, en el panteón familiar descansan sus despojos mortales.

Allí voces amigas le dieron la postrer despedida.

Con el P. Marcos Belisario Terán desaparece un puntal de la Congregación Salesiana, un verdadero sacerdote al estilo de Don Bosco, sacerdote toda su vida, en el altar, en la calle, en la oficina, en el palacio de los ricos y en la esfera gubernamental. Siempre sacerdote de verdad. Al cerrar estos rasgos de su vida, quiero dejar constancia, en nombre de la Congregación Salesiana y de su Familia, el más sincero agradecimiento a todos aquellos que demostraron su adhesión a la Obra de Don Bosco en la persona del P. Terán. Larga sería la lista de nombres de profesionales, familiares, feligreses, sacerdotes y religiosos, alumnos y ex-alumnos, cooperadores y amigos que se dieron cita junto a la comunidad.

Que el recuerdo y el accionar incansable del R. P. Marcos Belisario Terán en bien de las almas, nos anime a nosotros los que pertenecemos a la Familia Salesiana, a seguir luchando por el Reino de Dios.

P. Bartolomé A. Sartori
Director

R. P. Marcos Belisario Terán:

Nació en San Miguel de Tucumán, Argentina, el 25 de Abril de 1915 y falleció allí mismo el 28 de Octubre de 1976, a los 61 años de edad, 35 de profesión y 28 de sacerdocio. Fue director un año.

puloso en los gastos que debía realizar, cuidaba la conservación de las cosas y de las pertenencias personales. Tenía un cuidado todo particular en la atención de los enfermos. Imitó a nuestro Padre Don Bosco en el trato con todos: afable, delicado y modesto, sin afectación. Su vida puede ser presentada como modelo de adaptación para los jóvenes que ya adultos quieren formar parte de la Congregación. La descripción de estas virtudes y cualidades del P. Terán —o carismas, como se suele decir ahora— no pretenden ocultar sus imperfecciones, pues esas pequeñas sirven para resaltar la luminosidad del cuadro...”.

Se había adentrado de tal manera en el corazón de los mendocinos, que al conocer su traslado a la ciudad natal, se multiplicaron las demostraciones de afecto hacia su persona e incluso le dedicaron versos sencillos pero significativos de su accionar apostólico. Uno de ellos dice: “El P. Terán que viva / cogollito de naranjo / aquí estamos sus amigos / para celebrar su santo. / De Tucumán llegó un día / solito y sin avisar / y a todos los mendocinos / terminó por conquistar. / Se puso a construir un templo / y medio lo hizo parar / el día menos pensado / lo fuimos a inaugurar. / Los novios se lo disputan / él los tiene que casar / y a los niñitos que nacen / los tiene que bautizar. / Montado en su bicicleta / por las calle suele andar / llevando a sus protegidos su tesoro de bondad. / Trabaja todito el tiempo / y no quiere descansar / pero un día calladito / se nos vuela a Tucumán. / De Tucumán a Mendoza / siempre tendrá que viajar / allá lo

espera su madre / y aquí toda la ciudad.

Otra dice: “...Se aleja de esta provincia / y se marcha a Tucumán / mientras lloran mendocinos / los de allá de fiesta están. / Que es Mendoza toda entera / que le da la despedida / con sus sierras, sus viñedos / sus cumbres altas y frías / el corazón de sus hombre / el canto de sus poetas / la sonrisa de sus niños / que lo vieron de verdad / como a un ángel sobre ruedas atravesar la ciudad”.

Los últimos años de su vida pasados aquí en Tucumán, fueron la culminación de su entrega a Dios, expresada en el lema sacerdotal que encabeza la estampa-recuerdo de su ordenación, “Me debo a todos”, y que cumplió al pie de la letra, como un juramento. La enfermedad que lo aquejó desde el mes de Abril puso aún más de manifiesto su deseo de ser útil a todos y sólo cuando la fiebre persistente lo obligó a recluirse en su habitación, se fue resignado a la inactividad. Atendido por su hermano el Dr. José María Terán y un equipo de expertos médicos no se logró un diagnóstico seguro del mal que lo aquejaba. Para ser atendido con mayor solicitud fue trasladado del Colegio a la casa de su hermana, la Sra. María Angela del Carmen Terán de Martínez Colombres, que lo cuidó maternalmente. Como su salud declinaba paulatinamente se lo llevó a Buenos Aires, pero desgraciadamente, agotados todos los recursos de la ciencia médica, nada pudo hacerse para mejorarlo. El mismo dándose cuenta de su gravedad, pidió regresar a Tucumán para descansar en la tierra que

apóstol, el P. Terán tenía constante preocupación en transmitir el mensaje evangélico para que la palabra de Dios llegara a todos y en todas las circunstancias. De allí que la asistencia a los enfermos y la pastoral fueran las tareas sacerdotales donde mostró una acción vigorosa y ejemplar. Siempre contento y afectuoso, complacido ante las cosas simples de la vida, era familiar la figura de este ministro que en su bicicleta se trasladaba a los lugares más distintos de la ciudad. En su conversación impregnada de bondad y comprensión de los defectos humanos, ponía siempre una nota de esperanza, de fe sincera en que la mano de Dios llevaría las cosas por el rumbo adecuado. Encarnaba así noblemente las virtudes que Don Bosco predicara a la Congregación Salesiana y el noble bagaje con que dispersó a sus sacerdotes hacia todos los puntos cardinales. Con su muerte, ocurrida cuando aún podía esperarse muchos frutos de su acción evangélica, desaparece una figura que gozaba de todos los afectos”.

En realidad, todo lo que pueda decirse del P. Terán es poco. Quiero añadir aquí varios pensamientos y juicios de algunas personas que lo trataron más de cerca, cuyos nombres callo por expreso pedido de las mismas.

Un profesional tucumano que trabaja en Córdoba escribió lo siguiente: “Es el P. Terán uno de los sacerdotes que ha quedado a diario en mi recuerdo como ejemplo de santidad, de tesón, de sonrisa fresca en la expresión de su vida diaria, de solidaridad firme con los ideales que se han abrazado, de permanente y alegre paciencia en su tarea de educador y de conciencia

en demostrar a tantos un evangelio realmente vivido”.

Un compañero suyo de sacerdocio manifiesta: “Para mí ha sido un excelente religioso y sobre todo, un buen y fiel amigo. Sabía decir las cosas y las decía él mismo. Siempre dispuesto al perdón cristiano y a pedir las disculpas que el caso exigía. Fue de una profunda caridad. Perteneciendo a una familia de buena posición, vivía pobremente. Compartía sus cosas con los pobres. A ellos se dedicaba especialmente en la villa veraniega de Villa Nogués. Siempre los saludaba, conversaba con ellos, pasaba un rato en su compañía y les ayudaba en la medida de sus posibilidades. Fue un hombre de oración y sin amaneramientos. Hizo un inmenso bien donde estuvo. Era muy querido por los alumnos por su gran comprensión. En la sociedad de Tucumán era estimadísimo, y cuando debía proclamar el mensaje del Señor lo hacía con toda sencillez y verdad. Perseveró hasta el fin como un siervo bueno y fiel”.

Añado un testimonio de su actuación en Mendoza: “Donde mayormente lo conocí y traté con él fue en el Colegio de Mendoza. Desde un principio y siempre apoyó moral y materialmente la construcción del templo dedicado a San Juan Bosco. Se relacionó con muchas familias de la aristocracia mendocina, de las cuales supo solicitar su generosa colaboración para la mencionada construcción. Por otra parte, con su celo apostólico las vinculó a la Congregación Salesiana haciendo de ellas ardientes y devotas cooperadoras. Como religioso fue sumamente obediente y adicto al superior. ESCRU-

